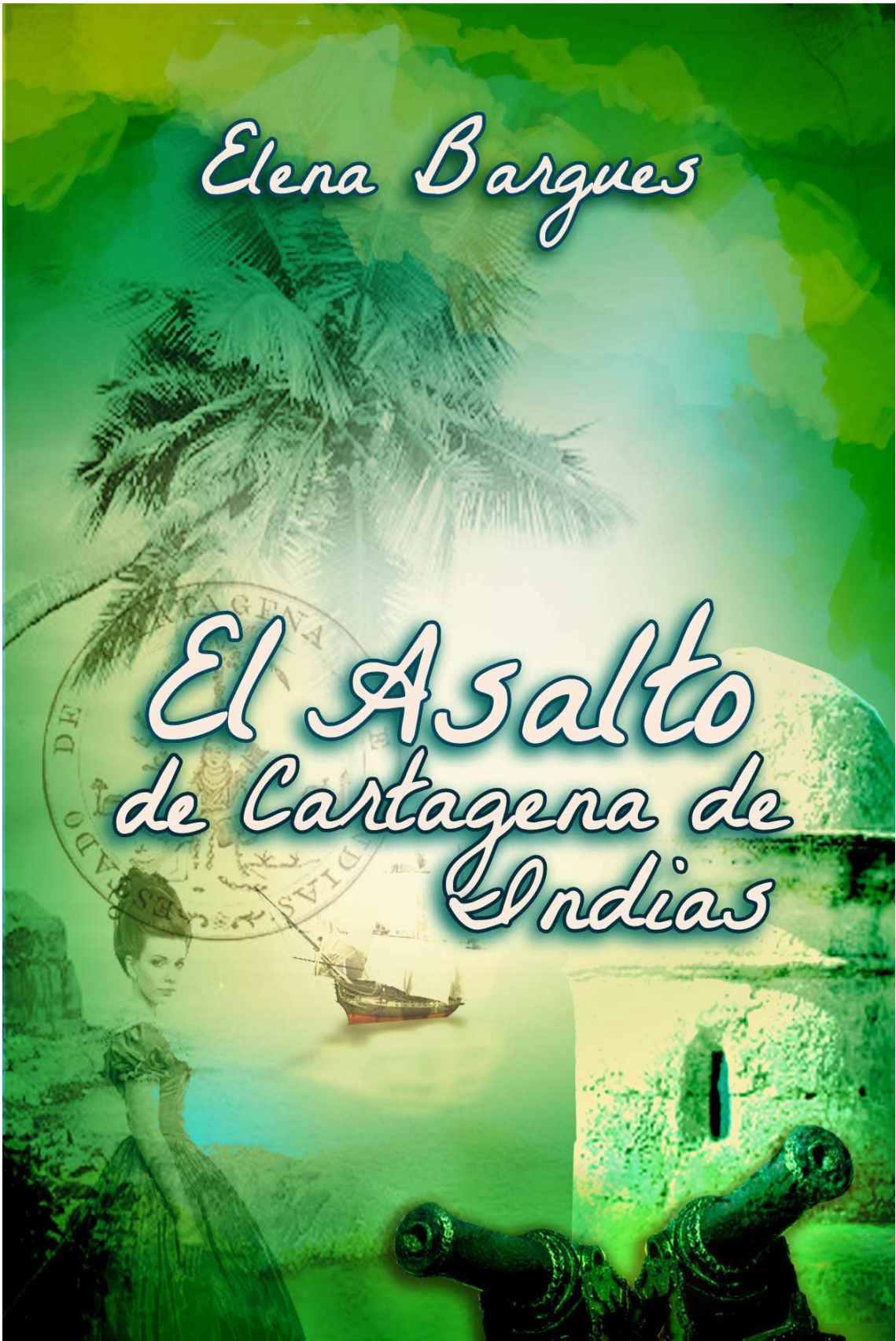


Elena BARGUES

*El Asalto
de Cartagena de
Indias*



In media res

Las horas transcurrían lentas y pesaban como losas mortuorias. Las calles estaban desiertas tras el trasiego, los empujones y las prisas de los ciudadanos que habían decidido abandonar Cartagena de Indias junto con sus gobernantes, llevándose tan sólo aquello que les permitían las estipulaciones de rendición. El silencio en la población era sepulcral, después de días de haber estado oyendo el ruido atronador de la artillería.

Teresa se retorció las manos nerviosa y, de vez en cuando, dirigía una mirada a su ama que atisbaba la calle por la rendija que habían dejado de la contraventana. Estaban en la habitación situada sobre el zaguán de la casa, cuya ventana se abría a la calle de San Agustín.

—No hay nadie en la calle —comentó ansiosa su señora, sevillana como ella. Habían llegado seis meses atrás en la Flota de la Carrera de Indias con destino a Cartagena—. Los que se han quedado se han encerrado en sus casas.

Acababa de decir esto, cuando a lo lejos, oyeron a los trompeteros. Mariana la miró temerosa, ella se encogió de hombros. Algo atrajo la atención de su ama que volvió a asomarse.

—¡Hay unos hombres! —exclamó con un grito ahogado—. ¡Visten de asalto!

—Corred al refugio —ordenó Teresa a su señora—. Yo dejaré la ventana como acordamos.

La señora se fue y ella cerró la contraventana, por la que habían estado vigilando la calle, y dejó la ventana interior abierta. Rogaba al Señor para que el oficial francés al que habían amparado cumpliera su palabra. Era su única esperanza para salir con bien de aquella situación. Salió de la habitación y corrió por el pasillo que se abría al patio interior hasta introducirse en el dormitorio principal de la casa, donde la esperaba su ama con la puerta disimulada, como si fuera una más del armario, abierta. Allí, en ese pequeño aposento ocupado por una bañera, habían almacenado jarras con zumo y agua, queso, cecina y pan. Estaban dispuestas a pasar varios días encerradas si fuera menester.

Teresa se había apropiado de un pistolón, de los muchos que se exhibían en la casa, por si acaso hiciera falta. Nunca había tenido uno ni lo había disparado, pero había visto hacerlo en la mancebía y, de hecho, no le costó cargarlo y amartillarlo, listo para disparar en cuanto fuese necesario. También llevaba un cuchillo, al que los matones sevillanos llamaban vizcaína y lo usaban para reñir en las calles.

Recordó sus días en Sevilla. A pesar de las difíciles circunstancias que atravesaban en ese momento, no se arrepentía de nada. En la ciudad andaluza, la miseria y el hambre estaban acabando con ella lentamente; en Cartagena, seguramente perdería la vida. Pero ¿qué más daba un lugar que otro si al final la muerte era ineludible? Lo único importante era la calidad de vida que había llevado y en Cartagena había rozado el cielo con la punta de los dedos. Sólo lamentaba que hubiera sido tan fugaz que no había tenido tiempo de disfrutarlo.

Sintió la mano de Mariana en su hombro. De un soplido apagó la vela y Teresa retuvo la respiración para oír mejor, aunque su corazón latía desbocado. Habían entrado en la casa y escucharon exclamaciones en francés.

—Están admirados de la riqueza de la casa —le susurró Mariana al oído. Era una suerte que su ama hablase francés—. Alguien ha ordenado silencio y habla más bajo por lo que no alcanzo a entenderlo.

Los pasos se aproximaron y entraron en el dormitorio. Las dos mujeres, agarradas del antebrazo, aguardaban con los nervios a flor de piel. Los golpes que sonaron en la puerta las obligaron a ahogar un grito con la mano sobre su propia boca.

—¡Mariana Tamares! Me envía el capitán Laver. Por favor, abrid la puerta —gritó en un español perfecto una voz desde el exterior.

Teresa estaba casi segura de que todo estaba perdido. Si eran franceses, malo; si eran españoles, igual o peor.

—Ha dicho mi nombre y el del oficial. ¿No deberíamos contestar? —susurró Mariana.

Volvieron a repetirse los golpes, más fuertes esta vez, y la misma invitación.

—¿Por qué hablan español entonces? —reflexionó Teresa—. Y ha dicho capitán, no primer oficial.

—De cualquier forma saben que nos escondemos aquí. No tiene objeto no contestar cuando pueden echar la puerta abajo. Abre —ordenó Mariana.

—De acuerdo, pero vos no saldréis hasta que yo os lo diga.

Mariana asintió.

Teresa abrió la puerta despacio y se asomó empuñando el arma. Había un hombre rubio, alto, de ojos claros y bien vestido en comparación con los hombres que lo acompañaban, que más bien parecían rufianes. Los tres estaban sudorosos por la carrera a través de las calles de Cartagena, y por el esfuerzo de trepar al primer piso.

—Por favor, no disparéis —rogó el hombre rubio y bien vestido en español, separó los brazos del cuerpo y se retiró de la puerta hacia el centro de la habitación—.

Me envía el hombre al que acogisteis. —Y sacó la cadenilla de oro con un crucifijo que había regalado su señora.

—¿Dónde está él? ¿Ha muerto? —preguntó Teresa al tiempo que sus esperanzas estallaban en mil pedazos.

Mariana se encontraba junto a Teresa, su doncella, en el alcázar. Disfrutaba del espectáculo que ofrecía el golfo de Cádiz. Las naves mercantes más ligeras habían descendido por el Guadalquivir desde Sevilla y con las velas aferradas esperaban a que los galeones de Cádiz levaran anclas. La tarde anterior se habían efectuado las rogativas públicas en todas las iglesias de Sevilla, Cádiz y Sanlúcar de Barrameda, y ahora hacían tiempo hasta que el general Vélez, desde la nave capitana, diera la orden de salida. Los marineros, de pie sobre las vergas, aguardaban para largar velas y los oficiales formaban en el alcázar, atentos al capitán, que desde la toldilla dirigiría la maniobra. En otros buques había otros pasajeros como ellas, emocionados, el momento de la partida. En el *San Andrés*, galeón de guerra perteneciente a la Armada del Mar Océana, sólo se encontraban Mariana y Teresa. Compartían un camarote en el castillo de popa que había comprado su tío, Pedro Tamares, a uno de los oficiales.

No eran muchos los pasajeros que viajaban en la flota anual de Indias a pesar de la seguridad que ofrecía, pues necesitaban el beneplácito del Consejo de Indias para ocupar los camarotes de los buques de guerra de su majestad. Este Consejo velaba para que los indeseables de la península no pasaran a las colonias y, por carecer de medios allí, engrosaran las filas de los filibusteros. El desplazamiento de Mariana se hallaba plenamente justificado: estaba prometida con un súbdito de las colonias e iba para contraer matrimonio.

Un silbido penetrante rasgó el aire de aquella mañana del mes de octubre de 1696. Cayó el silencio sobre todos los barcos de la bahía, en la que se oyó solamente el golpeteo del agua sobre los cascos y el crujir de las maderas. A lo lejos, una voz potente gritó:

—¡Larga trinquete en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, que sea con nosotros y nos guarde, y guíe y acompañe, y nos dé buen viaje a salvamento, y nos lleve y vuelva con bien a nuestras casas!

En cuanto acabó la oración, la nave capitana largó velas y se puso en movimiento, abriendo la marcha. Los barcos mercantes la siguieron todo lo apretados que permitía el riesgo de colisión a sotavento. A barlovento se situaban los galeones de guerra que los custodiaban y cerraba la marcha la nave almirante. Este orden lo mantendrían durante la travesía atlántica.

Mariana y Teresa compartían la misma excitación. El ruido ensordecedor de las velas al caer y tomar viento les disparó la adrenalina. El primer tirón del barco al iniciar el avance las obligó a sujetarse. Mariana, con los ojos anegados en lágrimas, observó por última vez Cádiz y la costa de su querida España que abandonaba en contra de su voluntad. En el muelle, aunque no los veía por la distancia, quedaba su señor tío junto a sus hermanas, Inés y Carmen, que la habían acompañado desde Sevilla para despedirla.

—¡Oh, mirad, señora! —exclamó Teresa—. ¡Qué sensación tan extraña produce el balanceo del barco! ¡El suelo se mueve! —Y se rió nerviosa como una niña pequeña. Su entusiasmo por cualquier cosa que le ofrecía la vida, arrastraba a Mariana.

Hacía tan sólo un mes que la conocía. Su padre la había llevado a casa para que sirviera como doncella durante el viaje, y una vez en Cartagena, Mariana podría disponer de ella como quisiera. Estaba tan sucia y delgada que parecía ser menor de lo

que era. Mariana en un par de días descubrió la impostura: era una de las muchas mendigas que pululaban entre las calles sevillanas. Desde que Sevilla había perdido el monopolio de Indias a favor de Cádiz, porque los barcos eran demasiado grandes y pesados para remontar el Guadalquivir, se había convertido en la ciudad de los mendigos y de los pícaros. Las sucesivas pestes que la habían asolado obligaron a abrir hospitales y el abandono de los comerciantes la empobreció. Teresa era una de aquellas almas que luchaban por sobrevivir en un medio hostil y sin expectativas para una mujer desnutrida y poco desarrollada. Mariana no sabía cómo había podido engañar a su padre porque era evidente que desconocía las tareas de una casa y sus deberes, pero fue tanto el desasosiego y el llanto de la chica que Mariana se apiadó de ella y pensó que, ya que estaba allí, igual daba una que otra. Así que los papeles se invirtieron. Mariana la bañó, le desenredó y recortó el pelo, la vistió y comenzó su instrucción para que pudiera servirla. Teresa fue una alumna agradecida y aventajada. Buena observadora, retenía todas las enseñanzas sin confundirse y Mariana intuyó que aquella personita de unos quince años, escuchimizada, de grandes ojos sobre un huesudo rostro y cabello ralo y sin brillo sobre los hombros, y que había tenido un contacto duro y descarnado con la vida, la iba a ayudar en los avatares de una travesía épica y en el descubrimiento de una nueva tierra. Así se sentía ella en aquellos momentos, como una descubridora de nuevos horizontes, pero le faltaba el contacto con la vida y el conocimiento de gentes que tenía Teresa.

—¡Ya siento el viento en la cara! —Y corrió de babor a estribor, se asomó por la borda y volvió corriendo a babor—. ¡Ya cogemos velocidad! —exclamó jadeando tanto por el ejercicio como por la emoción. Mariana sonrió.

Los oficiales y el capitán estaban atentos a la maniobra y a la orientación de las velas según ocupaban su posición en la flota, entretanto, ellas observaban cómo los

demás barcos se incorporaban y oían las órdenes que se gritaban en otras naves a causa de su cercanía. El mar se cubrió de velas desplegadas que impedían cualquier otra visión; el espectáculo las dejó sin resuello y consiguió que, por unos instantes, Mariana olvidara sus tribulaciones y Teresa su pasado.

Cuando empezó a declinar el sol, continuaban sobre cubierta. A lo lejos, una bruma sugería la costa. Los barcos navegaban más separados y los marineros holgazaneaban sentados sobre los cabos adujados o sobre las batayolas a la espera de nuevas órdenes para atender las velas.

—Con su permiso, señorita. El capitán os invita a acompañarlo durante la cena en su camarote. —El hombre que se dirigía a Mariana era alto y de facciones agradables, de unos treinta años.

—Desconozco las costumbres en un barco y no sé si es usual este tipo de invitaciones —respondió Mariana prudentemente y con cierto sonrojo al pensar que le parecería una tonta provinciana.

Pese a ser la hija de un conde nunca se había relacionado en sociedad. Cuando falleció su madre, ella y sus hermanas todavía eran pequeñas. El conde, su padre, las trasladó de la casa solariega a la casa que la familia poseía en Sevilla, en la céntrica calle de *Santa María la Blanca*. El hermano gemelo de su padre, don Pedro Tamares, que disfrutaba del cargo de visitador civil del puerto de Sevilla era el tutor de las muchachas al que se sentían más vinculadas que a su propio padre, al que apenas veían.

—No hay motivo de preocupación —sonrió amablemente el oficial—. Es tradición que el capitán invite a su mesa a los pasajeros y a los oficiales que no estén de guardia. Aceptar no es faltar al decoro y, si vos lo preferís, como no hay otra dama a bordo, podéis haceros acompañar por vuestra doncella.

—En ese caso informe al capitán de que le estoy sumamente agradecida y de que asistiré acompañada de mi doncella. —Con una inclinación de cabeza despidió al hombre que se retiró después de una rápida reverencia.

—¡Oh, qué emoción! Cenaremos con hombres —susurró Teresa.

—¡Chist! —mandó callar escandalizada Mariana—. ¡Por Dios, Teresa! No es lo que imaginas. Se trata de una cena social entre caballeros. Escúchame con atención: cuando estemos a la mesa copiarás todos mis movimientos, comerás cuando yo coma y beberás cuando yo beba. Sé que eres lista y saldrás airosa del aprieto. —Teresa asintió más comedida al caer en la cuenta de que podría ser descubierta.

Para arreglarse un poco para la cena, se retiraron al camarote que compartían en el castillo de popa. En un galeón el espacio privado era un bien inexistente reservado para el capitán. Estaba situado en línea con el alcázar y bajo la toldilla. Un pequeño balcón que rodeaba el alcázar permitía el paso a las jardineras, donde hacían sus necesidades con un mínimo de intimidad. El camarote, de dimensiones reducidas, impedía una estancia cómoda; se iluminaba con velas dentro de faroles para evitar incendios y contaban con catres sujetos al suelo. Era un lujo si se consideraba que el resto de la marinería dormía en hamacas bajo cubierta con mal tiempo, o sobre cubierta en días de bonanza, sin disponer de un centímetro de intimidad.

Se cepillaron el pelo la una a la otra, se rehicieron sus peinados y se lavaron en la misma palangana las manos y la cara. Mariana no acostumbraba a usar afeites. En su limpio y ovalado rostro, destacaban los alargados ojos del color del caramelo y la amplia boca de generosos labios rojos que contravenía los cánones de belleza del momento. Las mujeres solían pintarse una boca muy roja y muy pequeña, ignorando las comisuras reales de su forma. Todo ello enmarcado por una larga melena negra que se recogía en un moño bajo. En el único arcón que las dejaron llevar consigo, el resto se

hallaba en las bodegas del barco, Teresa rebuscó un par de chales de lana para resguardarse del frío nocturno y salieron, nerviosas por la novedad, hacia el camarote del capitán.

Se disponía Teresa a llamar a la puerta cuando ésta se abrió de pronto, un haz de luz iluminó el oscuro pasillo de acceso. Se hicieron a un lado para dejar pasar a uno de los pajes que servían la comida. Un joven oficial que se percató de su presencia se levantó para invitarlas a entrar.

—Por favor, señoritas, las esperábamos con ansiedad —saludó con una inclinación de cabeza y, con un gesto de la mano, las condujo a sus asientos. Los demás caballeros se levantaron a su vez para recibirlas.

—Señorita Tamares, nos sentimos muy honrados con vuestra presencia —agradeció el capitán, don Juan de Guzmán, un hombre bajo y ancho, de pelo entrecano y con diminutas cicatrices en la cara, como si algo hubiese explotado lacerándole el rostro por igual. Su señor tío lo describió como un hombre hecho a sí mismo y que merecía todo el respeto aunque no fuera noble. En realidad, ninguno de los presentes lo era—. Es la primera vez que llevo una pasajera, siempre han sido hombres de la administración del rey, pero debo reconocer que me alegra profundamente el cambio. Una joven belleza como la vuestra es un regalo muy valioso para gente como nosotros, acostumbrados a la sobriedad y al aislamiento que impone la vida en el mar.

—La honrada soy yo por su calurosa acogida a unas bisoñas en la navegación como nosotras. Procuraremos no entorpecer las labores durante la travesía —contestó humildemente Mariana.

—Mi querida señorita, permitidme que os presente a mis oficiales. Frente a vos, el alférez don Gonzalo Estébanez —Mariana inclinó la cabeza a modo de saludo al igual que él—; el segundo oficial, don Pedro Alzara que os franqueó la puerta hace un

momento —Mariana repitió el saludo—; el señor Alonso Fernández es el capitán de guerra; nuestro cirujano, el señor Alonso García; y nuestro capellán, el padre Francisco.

Tras las presentaciones, las invitó a sentarse y los caballeros lo hicieron a continuación. Los pajes entraron con las viandas y, una vez servidos, el capitán y el primer oficial acapararon la conversación con las damas por ser los más próximos.

—Tengo entendido que os dirigís a Cartagena para contraer matrimonio —comentó el capitán mientras cortaba la carne—, por lo que este viaje se os antojará largo ante vuestra ansiedad por reuniros con vuestro prometido. ¿Cuándo lo conocisteis? —La pregunta del capitán fue formulada como medio de entablar una conversación más que llevado de un malsano interés.

—¿Cómo de larga puede ser la travesía? —preguntó Mariana a su vez para desviar la atención de su matrimonio hacia la travesía que tenían por delante.

—Normalmente —intervino el primer oficial, don Gonzalo Estébanez—, son seis semanas pero con la flota puede alargarse hasta dos meses. Somos muchos barcos y los mayores debemos adaptar nuestra velocidad a los menores para no dejarlos atrás.

—¡Dos meses! —exclamó Mariana asombrada—. Dos meses encerradas en tan pequeño espacio y sin ninguna obligación. Ahora me parece todo emocionante porque es nuevo, pero dentro de tres días no sabré qué hacer.

—Sí, supongo que es así para los pasajeros —terció de nuevo el capitán—, pero tened en cuenta que para nosotros es una enorme responsabilidad. Es demasiado tiempo sin tocar puerto y pueden surgir problemas tanto de comida como de relación entre los hombres, eso sin contar con los inconvenientes que surjan del mar o de las condiciones climáticas durante el viaje.

—¿Y no hay algo que pudiéramos hacer nosotras? —inquirió Mariana desolada.

—Categoricamente, no, —contestó el capitán alarmado—. Un barco no ha sido pensado ni diseñado para una mujer. Vos deberéis limitaros a disfrutar del paisaje, del aire y del sol como conviene a una futura desposada.

—¿Y los piratas? —se atrevió a participar Teresa, consciente de su insignificancia en aquella mesa.

—Por eso no debéis temer —contestó don Gonzalo, mirando a Mariana e ignorando a su doncella—. No llevamos nada de interés para ellos. Los problemas surgen en el retorno, cuando los galeones vuelven cargados de oro y plata. Podéis dormir tranquila.

El resto de la velada siguió el mismo tono informativo sobre la rutina diaria en el barco. En cuanto a su punto de destino, sólo el capitán tenía algún conocimiento, pero hacía varios años de aquello y las colonias cambiaban de una vez a otra. Desde que estaba al frente del *San Andrés*, era la primera vez que lo destinaban a formar parte de La Guardia de la Carrera de Indias.

Cuando terminaron de cenar Mariana sintió un sutil cambio en el ambiente que le indicó que debían retirarse y dejar a los hombres solos. Bajo el pretexto del cansancio, que todos admitieron elegantemente, abandonaron el camarote. Una vez en el suyo se desvistieron y compartieron el catre. Mariana era un espíritu inquieto, y tanto la ansiedad por conocer lo que el destino la deparaba como la inanición la matarían si no encontraba algo que la entretuviera y evitara que pensase demasiado en el futuro. Aquella primera noche fue extraña, el cabeceo del galeón junto con los crujidos de las cuadernas y los gemidos de las jarcias al tensarse no ayudaron al sueño. A esto había que añadir lo endeble de las estructuras que separaban los camarotes, que permitían escuchar cualquier conversación cercana. Entrada la noche, todavía no habían conciliado el sueño y, hablando en susurros, intercambiaban impresiones. Sintieron

ruido en el camarote vecino y guardaron silencio; de pronto la luz se filtró a través de los tablones y oyeron voces susurrantes. Mariana prestó atención y reconoció las voces de los dos oficiales que habían compartido la mesa con ellas. Aunque hablaban bajo, se entendía perfectamente lo que decían.

—Parece que esta travesía va a ser entretenida —comentó don Pedro Alzara, el segundo oficial —, la hija del conde tiene una cara que hace soñar despierto.

—Pues ya podéis despertar porque no será para vos, —respondió agriamente don Gonzalo—. Esos aristócratas arreglan los matrimonios entre gente de su clase, así que olvidaos.

—Eso decís porque estáis casado— respondió dolido don Pedro.

—Esto digo porque sé de qué va la misa y, si tenéis cerebro, os guardaréis de enamoraros de la muchacha— avisó don Gonzalo, marcando las palabras.

—Ésta no es como las demás, altaneras, desdeñosas y mimadas. Me ha parecido bastante amable y miraba de frente a la persona con la que hablaba, sin hacer reparos de rangos —defendió don Pedro.

—Más a mi favor. Es más peligrosa de lo que imagináis —refutó terco don Gonzalo.

La conversación quedó interrumpida por el paje encargado de cambiar la hora de los relojes de arena.

—¡Una va pasada y en dos muele! ¡Más molerá si Dios querrá! ¡A mi Dios pidamos que buen viaje hagamos, y a la que es Madre de Dios y abogada nuestra, que nos libre de agua, de bomba y de tormentas!

Una voz más lejana gritaba:

—¡Ah de la proa!

—¿Qué dirá? —contestaba el marinero de guardia y después se oía el Ave María.

Mariana no escuchó más; la luz del camarote vecino se apagó y sólo se oía el crujir de la arboladura y el rechinar de cables que arrullaron el sueño hasta el amanecer. A la mañana siguiente, cuando salieron al alcázar, divisaron el mismo espectáculo del día anterior: el mar cubierto de velas. Y en ese preciso instante Mariana tuvo plena consciencia de cómo iba a ser el resto de la travesía.

—Buenos días, señoritas —saludó el joven don Pedro. De facciones agradables y cuerpo esbelto, propio de su edad y de su actividad, irradiaba una simpatía y una desenvoltura que no estaban sujetas a las convenciones sociales, por lo que su presencia resultaba agradable a las damas—. Hoy la navegación será como ayer, sin incidentes.

—¿Qué inmenso y monótono es tanto mar y tanto cielo! ¿Y no veremos nada más? —se angustió Mariana.

—Ahora navegamos por el mar de las Yeguas hasta las islas Canarias —informó el joven contento de captar la atención de las damas—, donde recalaremos dentro de unos doce días, para abastecernos de fruta, verdura fresca y agua potable, pero nadie descenderá a tierra. Después buscaremos los alisios a la par que la corriente que se dirige hacia el Caribe, atravesaremos el Atlántico por lo que llamamos el mar de las Damas, lo que nos llevará un mes aproximadamente, hasta La Dominica.

—¿Yeguas? ¿Damas? ¿Qué mares son esos? —se interesó Mariana.

—Del nombre del de las Yeguas no sé el porqué —respondió apenado—, pero el de las Damas es tan tranquilo que hasta una mujer puede llevar el barco —comentó más alegre.

Mariana, sin embargo, lo miró con los ojos entrecerrados, disgustada por la presunción de inutilidad de una mujer.

—¿Podéis ser algo más concreto con eso de los alisios y la corriente? —indagó de nuevo Mariana.

—¡Oh, lo siento mucho! —se disculpó el joven azorado—. Hablo como si fuera natural lo que digo, sin darme cuenta de que es un lenguaje extraño para los demás. Los alisios son unos vientos constantes y moderados que sólo soplan con fuerza en invierno en dirección oeste, así navegaremos de popa; los localizaremos al sur de las islas Canarias, y siguen la misma dirección que una corriente de agua fría que baja del norte hasta las islas y cruza el Atlántico junto con los alisios.

—Entiendo —asintió Mariana—, por eso se llama mar de las Damas, porque no requiere ningún esfuerzo la navegación. Una vez localizados ambos es dejarse llevar como si fuera un camino trazado hasta esa isla... ¿La Dominica?

—Exactamente, señorita —ratificó don Pedro complacido. A continuación fue requerido por el contramaestre y tras disculparse las dejó solas de nuevo.

—¿Y qué vamos a hacer el resto del día? —preguntó Teresa mientras observaba los otros barcos.

—Eso mismo quisiera saber yo —respondió Mariana con desolación—. Creo que éste es el paisaje que vamos a disfrutar en semanas. —De pronto se le ocurrió una idea—. ¿Te gustaría aprender a leer y a escribir?

—¿Lo decís de verdad? —Teresa no cabía en sí de emoción.

—Creo que sí. No tenemos otra cosa que hacer ¿no te parece? —contestó con una sonrisa.

Los días se sucedieron tal y como habían previsto. Se acostumbraron al cabeceo del galeón y a los ruidos del casco; por las mañanas comían solas y por las noches compartían la mesa del capitán. Don Pedro se acercaba, siempre que sus obligaciones se lo permitían, para enseñarles los diferentes animales marinos que se cruzaban a su paso.

Los que más les entusiasmaron fueron los delfines. Mariana había leído sobre ellos en textos griegos pero nunca se los imaginó así. Advirtió que Teresa escuchaba atenta cualquier conversación que mantuviera, para tratar de retener lo máximo posible, consciente de la oportunidad que se le había presentado para mejorar su vida. Los domingos estaban ocupados por el oficio religioso del padre Francisco, y en alguna ocasión el señor don Alonso Fernández, capitán de guerra, simulaba un zafarrancho para instruir a la tripulación, lo que obligaba a sacudirse la modorra de la monotonía diaria, y se convertía en un día especial.

Llegaron a las islas Canarias, pero nadie desembarcó. Repusieron agua, fruta y hortalizas frescas, y volvieron a largar velas hacia el sur para localizar los vientos alisios y la corriente de Canarias.

Se encontraban sentadas en el alcázar cuando don Pedro se les acercó.

—Asomaos por la amura de babor —apremió el joven y esperó a que las damas se aprestaran a obedecerlo—. Observad atentamente el horizonte. —Esperaron sin saber qué iban a divisar, con una mano apoyada en la frente para ensombrecer los ojos. Teresa fue la afortunada.

—¡Una fuente hacia el cielo! —gritó ilusionada.

—Eso quiere decir que allí hay una ballena —informó satisfecho don Pedro.

—¿Las ballenas escupen agua? —preguntó Mariana un poco decepcionada porque no la había vislumbrado a tiempo.

—Son los seres más grandes del océano. Si vais en bote, podéis encontraros en apuros porque pueden volcarlo a su paso. Tienen un orificio en la parte dorsal por el que expulsan un chorro de agua. Los balleneros de las islas dicen que cada cierto tiempo tienen que respirar y ellos las siguen y aguardan a que emerjan para arponearlas.

—¡Qué emocionante! —comentó Mariana—. ¡Allí! ¡Ya lo veo! Hay más chorros, cuatro o cinco, es difícil distinguirlo desde tan lejos y el brillo del mar confunde la vista.

Estuvieron un rato distraídos con el horizonte. Mariana paseó la mirada por la borda y se dio cuenta de que no eran los únicos concentrados en tal menester. Una vez tomado el rumbo, había observado que no era necesario estar pendiente del velamen y la marinería haraganeaba sobre la cubierta: unos cosían velas, otros rehacían cabos o los adujaban. Al volver la vista hacia la toldilla se fijó en el primer oficial que con un extraño aparato hacía unas anotaciones. Lo había visto hacer al capitán y siempre hacia la misma hora. Se armó de valor, pues don Gonzalo se mostraba distante con ellas, aunque se mantenía en el límite de lo cortés. No era como don Pedro. Subió las escaleras de acceso a la toldilla y se situó junto a él, que siguió con lo suyo sin haberse percatado de su presencia. Cuando separó el artefacto de la cara, dio un pequeño respingo al descubrirla.

—Lamento molestaros —se apresuró a disculparse—, pero soy bastante curiosa ¿Os importaría explicarme qué es lo que hacéis?

Don Gonzalo la miró como si no entendiese su demanda, al poco pareció reaccionar, aunque no como esperaba Mariana.

—No comprendo qué interés puede tener para vos la teoría de la navegación. No vais a gobernar ningún barco. —Lo más grave de aquella contestación para Mariana fue que él lo creía firmemente, y no estaba formulada con segundas intenciones ni con el ánimo de ofenderla al descalificarla.

—Pues el mismo interés que podáis tener vos en conocer que a través de un sistema de poleas podéis izar un peso, o en saber cómo atajar una enfermedad, o una plaga en un sembrado, ¿o no lo sentís vos? Pues a mí me gusta saber el porqué de las

cosas, o cómo funcionan, o saber que de momento sólo puedo ver la parte más alta de aquel barco que se acerca por nuestro barlovento porque la tierra es redonda.

Mariana presenció cómo, alarmado por tal afirmación, giraba en redondo hacia el punto que ella le había indicado pero, aliviado, comprobaba que no había nada. Sin embargo, a los pocos segundos, llegó el aviso del marinero de guardia de la cofa.

—¿Cómo habéis podido verlo? —preguntó don Gonzalo con desconfianza.

—Tengo la vista aguda. Supongo que el marinero no lo vio antes porque estaría distraído con las ballenas, como todos.

—Como todos, no. Él estaba de guardia —refunfuñó el oficial— y eso tiene consecuencias. Será un ballenero de las islas.

Mariana inició el ademán de retirarse cuando la voz de él la detuvo.

—¿No queríais saber lo que estaba haciendo? —Todavía la observaba reticente.

Mariana volvió rápidamente a su lado y con una sonrisa lo animó a seguir.

—Medía la altura del sol sobre el horizonte, y el resultado más aproximado lo busco en estas tablas cuadrianales en las que figura la declinación solar para cada día del año, y de esta manera obtenemos la latitud, es decir, en qué sitio del océano estamos aproximadamente.

—Entonces esto es un astrolabio.

—No, es un cuadrante —contestó don Gonzalo sorprendido porque ella conociera esa palabra—, es más moderno y más exacto que el astrolabio. Un tal Davis lo inventó el siglo pasado.

—¿Cómo se usa? —preguntó Mariana. Había olvidado la inicial desconfianza de él. En realidad, estaba acostumbrada a que no la tomaran en serio.

—Poneos de espaldas al sol —ordenó—, coged esta plancha e intentad alinearla con la sombra del sol sobre el visor y éste con el horizonte, de forma que presente una

línea recta de visión. —Mariana hizo lo que le ordenó, tomó la referencia y consultó las tablas cuadrianales.

—Vaya, parece fácil, pero no me creo que esto sea todo —comentó. El oficial la estudió con detenimiento antes de contestar. Había evaluado de nuevo con quien estaba hablando.

—Veréis, las tablas han sido realizadas por muchos marinos que han seguido la ruta antes que nosotros. Reunidos todos los datos que han ido aportando, facilitan la navegación a otros, como por ejemplo a nosotros. Si no tuviéramos esa referencia tendríamos que hacer más cálculos y nuestro punto de llegada sería más estimativo. De todas formas hay que contar con la velocidad que desarrollamos y que medimos con la corredera y la ampolleta.

—¿Cuánto tiempo lleváis en el mar? —preguntó Mariana. Lo miró fijamente y sintió cómo él se zambullía en sus ojos melosos.

—Mucho, desde los catorce años, como los pajes que nos acompañan. El mar se aprende desde niño. Aunque estoy casado, no sé mantener una conversación con una mujer.

—Tendré que aplicarme para sacar el mayor provecho a esta travesía —murmuró Mariana para sí, pero lo suficientemente alto para que don Gonzalo la oyera.

—¿Vais a gobernar un barco en alguna ocasión? Nunca había oído semejante disparate —comentó molesto.

—Nada más lejos de mi intención —contestó Mariana ajena a su desaprobación y concentrada en sus pensamientos—. Acabo de encontrar una forma de entretenerme y no volverme loca con esta inactividad. ¿Puedo tomar la altitud todos los días con vos? Así, cada día, me iréis explicando sobre vientos, cabos y velas.

—¿Navegar un entretenimiento? Para mí es un oficio. ¿Aburrirse? ¿Desde cuándo una mujer se aburre?

—No he pretendido molestaros —se disculpó Mariana—. Pensadlo mejor. Será la primera vez que una mujer no se canse de vuestra charla y podréis hablar de aquello que mejor conocéis: el mar.

—Si ese es vuestro deseo, me sentiré muy halagado con vuestra compañía —respondió el adusto marino, y el rostro de Mariana se iluminó con una sonrisa carente de coqueteo y llena de felicidad.

Desde entonces para Mariana los días se acortaron. Las mañanas las pasaba junto a don Gonzalo, que le habló de las grandes corrientes que semejaban ríos dentro del mar y ayudaban en los traslados este-oeste y oeste-este, esta última se llamaba la corriente del Golfo y era la que tomaban para retornar a Europa junto con los vientos alisios; le habló de las estrellas, del polo magnético, del nombre de las velas, de orzar y arribar, o de navegar de bolina. Un día se encontraron rodeados por un gran banco de peces voladores que saltaban sobre cubierta. La novedad y la sorpresa las entretuvo un rato, pero pronto pasó a ser una constante a lo largo de la travesía, por lo que quedó relegada a la monotonía diaria. Por las tardes se dedicaba a las lecciones de Teresa, que ponía el mismo afán que ella por aprender. Las letras le resultaron más complejas pero los números no se le resistían, realizaba las operaciones sin papel y con una seguridad que enorgullecía a Mariana. El capitán proporcionaba los pliegos, aunque no entendía para qué una criada necesitaba esa educación. Pero, al igual que los demás, no sabía negarle nada, en realidad, ambas mujeres eran la comidilla y el entretenimiento de los oficiales: Mariana por su belleza y excentricidad y Teresa por un cuerpo paupérrimo que negaba la inagotable vitalidad que contenía.

Teresa no podía dejar de sentirse tocada por la diosa Fortuna. Hasta hacía unas semanas vagaba envuelta en harapos por las calles sevillanas y ahora navegaba, vestida y alimentada, hacia las Indias Occidentales, aquellas tierras soñadas por todos los españoles desheredados pero prohibidas por el Consejo de Indias. Ni siquiera los marineros bajaban a tierra para que no desertaran y, si así fuera, se responsabilizaba a los capitanes, que pagaban una multa. El control de la Casa de Contratación de Sevilla era tan férreo que, en el último momento, el corregidor Mayor de la ciudad realizaba una última inspección para asegurarse de que no hubiera polizones, de que las naves mercantes no llevaran pasajeros y los galeones de guerra no cargaran bastimentos para comerciar. Pero ella, Teresa, había conseguido todo gracias a su audacia y a la suerte, a ciertos servicios como alcahueta que había dispensado al conde y a la caridad de su ama.

Cuando conoció a la señora, hizo las paces con el mundo con el que se hallaba en guerra. Su madre era una ramera de uno de los tantos burdeles que había en Sevilla. Murió al darla a luz y fue hija de todas y de ninguna de las prostitutas de la mancebía. Según iba creciendo y su conciencia despertaba, presenciaba cómo los hombres trataban a las mujeres, cómo éstas morían de forma violenta o de enfermedades innombrables, cómo las perseguía la Iglesia que cerraba las casas de latrocinio y las dejaba sin medios para sobrevivir. Aprendió a evitar a los rufianes, a pasar desapercibida, y decidió que debía buscarse la vida de otra forma. Se hizo imprescindible en la cocina del burdel, donde aprendió a guisar mientras fregaba. Su cuerpo magro de carnes y su crecimiento raquítrico evitaron que el jaque del tugurio se fijara en ella para el negocio.

El conde de Olvera era un asiduo jugador de naipes al que, en alguna ocasión, había servido de mensajera. Se trajinaba mujeres desencantadas de sus maridos, esposas o viudas de artesanos y comerciantes, a quienes el conde encandilaba con falsas

promesas de amor o matrimonio, según el caso, y éstas, deslumbradas por su apostura y por el título, caían en sus brazos. Un día, el conde perdió una importante cantidad de dinero frente a un abogado, quien exigió su ganancia en el momento y no aceptó ninguna dilación en la cancelación de la deuda. El conde, que evidentemente no podía satisfacer la demanda, se veía ya entre rejas cuando el abogado hizo una oferta sorprendente: un cliente muy rico de las Indias Occidentales deseaba contraer matrimonio y le ofreció tres veces la cantidad adeudada por una de sus hijas. Allí mismo, delante de ella, que había llevado el recado de escribir, se firmó el acuerdo, aunque Teresa no supo hasta días más tarde la importancia que aquel acto tendría para su vida. Cuando el conde abandonó la mancebía, el abogado, con una sonrisa, dio las gracias al garitero que arreglaba las partidas junto con una buena propina. Era uno de los muchos arreglos o negocios que se realizaban en los tugurios todas las noches y, como no tenía relación con ella, lo echó a olvido. Sin embargo, días más tarde, el conde volvió ufano a jugar y la llamó para que llevase un mensaje a la coima que esa noche se iba a trajinar y, medio bebido y medio en broma, le propuso acompañar a su hija en el viaje, pues necesitaría una doncella. Consiguió la dirección de la casa y, sin pensarlo dos veces, en un golpe audaz, se presentó como enviada por el conde. Su confianza se resquebrajó cuando quedó en evidencia su torpeza y desconocimiento en las tareas que se esperaba de ella.

—Te vas a quedar fría. —La voz de Mariana la rescató de sus recuerdos y la devolvió a la realidad. El viento había cambiado y la mañana se había tornado fría—. Te he traído el chal.

—Gracias, señora. Me siento avergonzada pues soy la que debería cuidaros —se disculpó Teresa.

—No tiene importancia. Estabas muy abstraída, ni siquiera me has sentido llegar. ¿En qué pensabas?

Teresa intuyó que detrás de la pregunta había, más que curiosidad, ganas de entablar una conversación.

—Recordaba el día en que os conocí y la suerte que tuve de que no me devolvierais a la calle.

—Estuve a punto de hacerlo aconsejada por mis hermanas, pero en aquellos días me sentía tan desgraciada por mi destino que no me pareció justo que hubiera más gente tan desdichada como yo. Tu apariencia de abandonada y tus súplicas pedían a gritos una oportunidad. Y, sinceramente, creo que no me equivoqué.

—Nadie se había portado así conmigo. Me habéis vestido, me tratáis con amabilidad, sin gritos ni azotes, y me habéis ofrecido la libertad si encuentro marido en las Indias. La deuda que he contraído con vos es muy grande, pero sabré compensaros.

—¿Cómo has podido vivir tan sola? Yo siempre he vivido arropada por mis hermanas, mis tíos y sirvientes. Es la primera vez que me encuentro sola, muy sola, en medio de un mundo muy grande, en medio de la mar oceána.

—Yo tampoco había salido de Sevilla, sin embargo, para mí es un cambio lleno de esperanza, es un futuro pleno de posibilidades. No dejo nada atrás y tengo mucho hacia delante.

—Eres afortunada —confirmó Mariana. Se apoyó, ensoñadora, en la balaustrada que daba sobre el alcázar—. Yo me había hecho ilusiones, tenía proyectos, creí que conocía mi futuro. Pero mi padre lo hizo añicos. He de reponerme y pensar como tú, que confías en el porvenir. Es lo único que me queda para no sucumbir a la tristeza, para no sentir añoranza de lo que dejo atrás.

A Teresa le encantaba su ama; era una persona sin bajezas ni altiveces. En el poco tiempo que llevaba con ella percibió con admiración su capacidad intelectual; hablaba varios idiomas: en francés con un cura que ella y sus hermanas llamaban preceptor; y en italiano con una familia genovesa. Recordó aquella entrevista con pena pues sintió, aunque no comprendiera las palabras, la tristeza que anegaba a aquel joven tan apuesto, tan educado y frágil. ¿Cuántos corazones habría roto su señora? ¿Cuántos más rompería? Aunque lo importante sería que rompiera el de su futuro marido.

—Echar de menos a la familia, lo comprendo, pero sentirse infeliz por lo que todavía no teníais, no lo entiendo. Vos habláis de ilusiones y proyectos, eso es futuro. ¿Qué importa dónde se realicen? ¿Quién dice que tengáis que abandonarlos? Nunca se sabe.

—Eran proyectos muy cercanos, al alcance de la mano. Prácticamente ya estaba decidido que me casaría con Lorenzo Veglio —explicó Mariana.

—Sí, recuerdo al chico y recuerdo que fue él el que se mostró afligido. Sin embargo, vos no habéis derramado ni una lágrima.

—Puede que no. Igual es que soy más fuerte que él —aventuró Mariana.

—O que no estuvierais realmente enamorada —apuntó Teresa implacable—. Habíais aceptado una situación que se fraguó a vuestro alrededor sin pecataros.

—No lo niego, pero era agradable. La situación prometía seguridad. Sin embargo, ahora no sé a lo que me enfrento.

—¿Sentís miedo de navegar en este barco? —preguntó Teresa.

—No —contestó Mariana extrañada.

—Sin embargo, son unas tablas de madera que pueden romperse en cualquier momento lo que nos aísla del fondo oscuro del mar, donde albergan seres abominables y desconocidos.

—Seguramente, pero procuro no pensar en ello. De todas maneras, si algo sucediera a la nave, estamos rodeadas de otras naves que nos acogerían.

—Pues esta nave es vuestro futuro. ¿Por qué no tenéis la misma fe en él? Si fallan unas ilusiones, habrá otras a las que subirse.

—Me dejas sin palabras —dijo Mariana sorprendida—. Con esa filosofía es fácil imaginar cómo has conseguido sobrevivir en las calles de Sevilla. Eres muy lista, Teresa.

Teresa, feliz por el elogio de su dueña, volvió la mirada y sorprendió al primer oficial que las observaba desde el coronamiento. Al punto éste apartó la vista y la fijó en algún punto de la arboladura, fingiendo desinterés por la dama. Pero Teresa conocía suficientemente a los hombres para pensar lo contrario. Recordó la conversación que habían escuchado la primera noche y sonrió, pues había descubierto la falacia de don Gonzalo. La finalidad de aquellas palabras no era la de prevenir a su amigo de las consecuencias de un enamoramiento indebido, sino prevenirse a sí mismo, pero ya era demasiado tarde.

Una cálida y luminosa mañana de diciembre se avistó tierra. Durante semanas su señora no volvió a abordar el tema sobre el futuro, pero notó su ansiedad y la comprendió. ¿Cómo sería el hombre al que estaba destinada? ¿Cómo sería la casa? ¿La aceptarían a ella como criada?

Esa mañana Mariana no la pasó junto a don Gonzalo ya que los oficiales estaban ocupados en otros menesteres. Se mantuvieron juntas y apartadas para no molestar. De pasada don Pedro comentó que en La Dominica la flota se dividiría, pero no aclaró más. Se dedicaron a observar cómo se aproximaba aquella tierra nueva y cómo el océano se tornaba más claro y transparente. Allí la luz lo cambiaba todo; nada era igual a su remota Sevilla.

A media tarde aferraron velas y largaron hierro, dejando al buque bornear con la marea y la corriente. Los galeones botaron chalupas con toneles para repostar agua, pero nadie bajó a tierra. Con las banderas de señales se comunicaron entre los barcos y quedaron divididos en dos flotas: la de Nueva España con destino a Veracruz; y la de Tierra Firme o de los Galeones con destino a Cartagena y Portobelo.

Durante los días siguientes la ansiedad por el futuro creció en Mariana. Teresa trataba de distraerla y desviaba su atención hacía las nuevas maravillas que aparecían ante ellas. Aquellos parajes eran una explosión para los sentidos. El aire cálido abría los poros de su piel, la luz hería sus ojos, el olor también era diferente, o al menos eso creía ella; los colores eran violentos, el verde lujurioso de los islotes contrastaba con el intenso azul del cielo, y las blancas playas con el mar esmeralda que lamía sus bordes. Incluso la lluvia era abundante y rápida: chubascos pasajeros. Todo era excesivo.

Don Gonzalo se convirtió en la sombra de su señora, se volvió más parlanchín y hablaba sobre cualquier tema. Le describía su tierra, Burgos, donde lo esperaba su familia, le desvelaba sus inquietudes y desgranaba historias sobre su vida en el mar. Teresa se mantenía a distancia pero vigilante. Se percató de que Mariana se mostraba reservada en cuanto a su vida, escuchaba más que hablaba, y le pareció bien, pues aquel hombre no le convenía, no estaba ni socialmente ni intelectualmente a su altura, y además estaba casado, aunque a ella no se le pasaba por alto el cálido sentimiento que abrigaba por su ama.

Por fin, una noche, durante la cena, les informaron de que a la mañana siguiente entrarían en la bahía de Cartagena. Recomendaban madrugar porque el cuadro que ofrecían algunas ciudades desde el mar era impresionante y merecía la pena sacrificar el sueño.